

Medio	El Mercurio
Fecha	30-5-2015
Mención	El poder es necesario para la sociedad, pero no todos son aptos para manejarlo. Habla Octavio Avendaño, académico de Ciencia Política de la UAH.

El poder es necesario para la sociedad, pero no todos son aptos para manejarlo

Si bien las estructuras sociales precisan que unos pocos lideren y, por ende, adquieran poder, esto no es necesariamente algo con lo que todos puedan lidiar. Lo que se les pide a quienes tienen el poder y lo que piensan esos elegidos de su rol pueden llevar a una mala toma de decisiones. LORENA GUZMAN H.



Tener expedita la facultad o potencia de hacer algo; tener facilidad, tiempo o lugar de hacer algo; o tener más fuerza que alguien son algunas de las definiciones de la Real Academia Española para la palabra poder.

Aunque son muchas, aun así no alcanzan para contextualizar un concepto que hoy se ha puesto de moda por su peor cara. Malas decisiones, no hacer lo debido o, incluso, ingenuidad al creer que cuando se tiene poder las reglas no son las mismas que para el resto, han puesto en tela de juicio esta palabra. Pero, ¿qué significa y por qué ha creado tantos problemas?

De qué se trata

“De forma general, el poder se define como la capacidad que tiene la gente de hacer una diferencia, de modificar el estado de cosas en el mundo. Es la probabilidad de imponer la propia voluntad en la relación social a pesar de que se pueda encontrar resistencia”, dice Beltrán Undurraga, académico del Instituto de Sociología UC.

Si bien todos tienen poder en distintas esferas y grados, la definición anterior es la que más se asocia con esta palabra y con la cual se rige la revista Forbes para generar sus famosas listas de los más poderosos. Aun así, las capas de significados que tiene el concepto son parte de su complejidad y, muchas veces, de su mal uso.

Así, mientras las sociedades se organizan y eligen a una autoridad que detenta el poder para que guíe a todos, en el plano económico, el poder —muchas veces heredado— es simbólico y debe buscar distintas formas de legitimación.

“En general, para la sociología política, el poder siempre es considerado una categoría difusa, pero que se expresa a través de varias dimensiones”, agrega Octavio Avendaño, académico de Sociología de la Universidad de Chile y de Ciencia Política de la Universidad Alberto Hurtado. En lo político, lo económico, lo social e, incluso, en lo simbólico, son las facetas en las que se desarrolla.

En ese sentido, el concepto de poder ha cambiado a través del tiempo, al igual que lo que se acepta o se rechaza de él.

Así, por ejemplo —continúa el especialista—, es distinto el poder en una sociedad que tiene movilidad social y en una que no, como la nuestra. “La circulación de las élites es prácticamente nula, por lo que el poder se queda en ellas”, explica.

De esta forma se van configurando en los grupos sociales posiciones en la estructura de poder en la que hay una especie de aceptación hacia los sectores más influyentes, explica. “Y no se les cuestiona, porque es algo casi natural que lo tengan”.

Incluso, agrega Beltrán Undurraga, en este marco aparecen maneras distintas con las que la sociedad legitima a sus autoridades. “En este contexto

aparece el carisma, a través del cual se le atribuyen ciertas cualidades a la persona y se la cree especial”, explica.

La forma en que la sociedad ve y acepta el poder puede tener muchas explicaciones y, por lo mismo, un sesgo permisivo.

“Los medios de comunicación o los referentes culturales con que se educa tienden a perpetuar el quién o quiénes tienen poder”, explica Octavio Avendaño. Pero si se analiza bajo esa óptica la situación que estamos viviendo hoy, continúa, hay factores que estarían incidiendo en mantener ciertas expresiones de poder. “Quiénes lo detentan tienen la capacidad e influencia de lograr reproducir su propia condición y, por otro lado, hay una suerte de complacencia de una parte importante de la sociedad chilena”, opina.

Aún así, agrega Beltrán Undurraga, todas las discriminaciones que hay en la vida cotidiana se traspasan a la política. “Hay una suerte de menosprecio relacionado con el cambio que se está produciendo en nuestro país, donde parte de los que están accediendo a puestos de poder son quienes históricamente no pertenecían a la élite”, dice.

Y eso incluye a muchos. La misma revista Forbes tiene una lista separada para las mujeres más poderosas.

Ahora, si todos estos factores han llevado a una crisis en el país y si esta terminará en cambios, es difícil de decir. “No lo sabemos todavía; incluso, podría quedar la estructura tal como ha estado por más cuestionamientos que haya a ciertas tendencias”, dice Octavio Avendaño.

Parte importante del proceso que Chile está viviendo es el empoderamiento de la gente, algo que fue un cambio, pero que no queda claro si modificará cosas futuras. “Hay situaciones como lo ocurrido en 2011 —con las marchas— que instalan en la discusión determinados temas, pero no necesariamente provocan o modifican estructuras”, explica.

Aun así, el proceso —agrega Beltrán Undurraga— pasa porque la sociedad se sienta un poco autora de los cambios institucionales. “Así, ellos no solo son el objeto del poder, sino también sujeto. Las maneras de ejercer influencia se abren y se vuelven diversas”, dice. Finalmente, hay una visión, sobre todo en las nuevas generaciones, de plantarse como iguales frente a la autoridad.

Otro factor importante a considerar en el análisis de la situación actual, agrega Octavio Avendaño, es que el cuestionamiento al que se está enfrentando la autoridad no es algo nuevo. En los 50 también se produjo, ejemplifica.

Pero si se mira desde otro lado, hay aspectos que molestan a muchos y que la sociología no explica necesariamente. Que el poderoso aparezca impune molesta,

el sujeto, los valores del superyó que ha internalizado y los modos de relación con los otros en la realidad que ha aprendido. “El poder y su ciencia, la política, es entonces una experiencia humana universal, tanto en el interior de la mente de la persona como en el modo en que se relacionan diversos ‘personajes’, como en la realidad externa, en la familia, en el colegio, en el trabajo, en la intimidad”, dice.

Por eso es fundamental, continúa, que quien tenga poder haya logrado vivir en sus comienzos un narcisismo sano y luego en la adultez dejarlo de lado en pos de una buena capacidad de establecer vínculos. Así, por ejemplo, en el trabajo político y administrativo, podría ejercer sobre los demás un poder cuyo propósito es el desarrollo de las capacidades de los otros.

“Sin embargo, si el sujeto poderoso y confiado se mantiene en un narcisismo desmesurado en su adultez, puede convertir su poder en una forma de manipulación y explotación, con la finalidad de sentir el placer del control de los demás y de extraer de ellos lo bueno que poseen”, explica.

Abusar eventualmente o no del poder, no solo tiene que ver con el narcisismo o los valores, también en la historia de la persona pueden estar las raíces de cómo lo utiliza, y si lo quiere o no.

“Que unos lo busquen más que otros puede obedecer a distintas variables”, dice Solange Anuch. Así, los orígenes del gusto por el poder pueden estar en la estimulación desde niño a ejercer control sobre sus grupos, en el haber sentido que no se controlaban muchos aspectos de la vida por largo tiempo, o al tener la ambición de proyectar una imagen determinada sin reparar en el costo de ello. Mientras que al lado opuesto están quienes le huyen por sentir que son incapaces de gobernar sus propias vidas y menos las de otros.

Son muchos los factores que pueden influir en el uso o abuso del poder, coinciden los especialistas. Pero finalmente —y con aceptación o no de la sociedad de por medio— siempre dependerá de la persona.

“El poder como oficio, llamado la política, requiere, entre otros, ser capaz de tener una intuición comprensiva para lograr saber las necesidades de los otros. Por un lado, para pensar en ellas y, por otro, para poner límites a su propio narcisismo. Este arte solo algunos políticos lo tienen”.

LEÓN COHEN,
psiquiatra
psicoanalista APCh

“Si se tiene una matriz de valores consolidada, se es capaz de resistir con fuerza y convicción las tentaciones del poder y la competencia, aunque eso tenga un costo y signifique una pérdida”.

SOLANGE ANUCH,
psicóloga Clínica
Alemana

Su origen viene desde la cuna

El poder tiene sus raíces individuales en las sensaciones musculares que participan en las primeras expresiones de reclamo de auxilio y de satisfacción del hambre en la guagua, dice León Cohen, psiquiatra psicoanalista de la APCh. "Este primer 'apoderamiento' del ser humano se manifiesta

en el efecto que tienen esas expresiones en la madre, las que logran generar las primeras sensaciones de control del otro cuando ella responde", explica. "Luego, el alivio del hambre le da una connotación especialmente placentera al apoderamiento 'descarnado' y 'egoísta' del pecho materno". Desde aquí, dice, ya se pueden comprender las profundas sensaciones y emociones que se generan en la experiencia del apoderamiento de los otros.

"El placer de tal poder sustenta en el sujeto desde esta época una emoción de confianza básica de que las expectativas se cumplirán", continúa el especialista.

Más tarde, esta sensación de poder y de confianza presente en una persona adulta puede producir fascinación e incluso devoción en los otros, en aquellos necesitados de ser ayudados y de lograr algo de eso mismo. "Cuando esos 'otros' son grupos grandes, y sobre todo masas de individuos, tales emociones pueden ser muy intensas y primitivas. Así, el sujeto poderoso es un ideal para la masa y para cada uno de sus componentes", dice.

